

lución inquebrantable. Ningún poder humano pudo haberle arrancado el secreto antes de tiempo, ni podría impedirle que lo revelase una vez llegada la hora.

—Pero, dijo la marquesa levantándose á medias y apoyándose en el brazo de su sillón, usted puede fallecer antes que mi marido, pues si bien éste está más enfermo que no usted, en cambio tiene usted más edad. ¿Adónde irían á parar entonces esos documentos?

—El sacerdote que me asistirá en mis últimos momentos los recibirá bajo secreto de confesión, señora.

—Si, repuso la marquesa levantándose, y de esta suerte la cadena de mis crímenes se prolongará hasta mi muerte, y el último eslabón de ella estará soldado á mi féretro por toda la eternidad. En el mundo hay un hombre, uno solo tal vez, que es inquebrantable como una peña; y es menester que Dios lo coloque en mi camino, no sólo como un remordimiento, más también como una venganza; y es preciso que una tempestad me empuje hacia él hasta que me quebrante... Tú tienes mi secreto en tus manos; está bien; haz con él lo que quieras. Tú eres el señor, y yo la esclava. Adiós.

La marquesa se fué y se encaminó de nuevo al castillo.

## VIII

—Si, dijo el anciano mirando como se alejaba la de Auray, sé que tienes de bronce el corazón, insensible á todo temor, salvo el que Dios te ha infundido en el alma en sustitución del remordimiento. Pero esto basta, ¿no es verdad? ¡Ah! es comprar bien cara una fama de virtud al precio de un terror eterno. Ciertamente que la fama de la marquesa de Auray está tan arraigada, que si la verdad surgía de la tierra ó bajaba del cielo sería tratada de calumnia. En fin, cuando Dios hace las cosas sabe por qué las hace, y lo que hace está escrito con mucha anticipación en su sabiduría.

—Muy bien raciocinado, dijo una voz fresca y sonora, respondiendo á la máxima religiosa á que acababa de dar expansión el resignado Achard. En verdad le digo, amigo mío, que habla usted como el Eclesiastés.

El anciano volvió el rostro y reparó en Pablo; el cual, llegado al salir la marquesa, no había sido visto por ésta, tan preocupada estaba con la escena que acabamos de describir sucintamente.

Al notar que el anciano estaba solo, el joven capitán se acercaba á su vez, cuando oyó las últimas palabras, á las cuales respondió él con su buen humor acostumbrado.

Achard, admirado de tan inesperada aparición, miró á Pablo como rogándole que reiterase lo que había dicho.

—Digo, prosiguió Pablo, que hay más grandeza en la resignación que se somete que no en la filosofía que duda. Esta es una máxima de nuestros cuáqueros, que, para mi dicha eterna, quisiera haber tenido más á menudo en el corazón y con menos frecuencia en los labios.

—Usted dispense, caballero, repuso el anciano al ver que nuestro aventurero le miraba, inmóvil y con un pie en el umbral; pero ¿puedo saber quién es usted?

—Por ahora, respondió Pablo dando, como de costumbre, expansión á su poética é indiferente alegría, soy un hijo de la república de Platón; tengo por hermano el humano linaje y por patria el mundo, y no ocupo en la tierra otra posición que la que yo mismo me he creado.

—Y ¿qué busca usted? prosiguió el anciano, sonriendo á pesar suyo ante la expresión de buen humor difundida por el rostro del joven.

—Busco, respondió Pablo, una casita situada á tres leguas de Lorient y á quinientos pasos del castillo de Auray, casita que se parece á esta como un huevo á otro huevo, y en la cual debo encontrar á un anciano que podría ser muy bien usted, amigo.

—Y ¿cómo se apellida ese anciano?

—Luis Achard.

—Soy yo mismo.

—En este caso, descienda sobre sus canas la bendición del cielo, dijo Pablo en voz que, cambiando repentinamente de inflexión, tomó la del afecto y del respeto; pues aquí traigo una carta que me parece ser de mi padre, y dice que es usted un hombre honrado.

—¿No encierra nada esa carta? preguntó el anciano, brillándole los ojos y avanzando un paso hacia el joven.

—Sí, respondió éste abriéndola y retirando de ella la mitad de un zequí de Venecia: la mitad de una moneda de oro, de la que usted debe poseer la otra mitad.

Achard tendió maquinalmente la mano, y llenándosele de lágrimas los ojos, repuso:

—Sí, sí, esto es; además, el extraordinario parecido...

Y, abriendo los brazos, añadió:

—¡Muchacho!... ¡oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué le pasa á usted? profirió Pablo tendiendo á su vez los brazos para sostener al anciano, que flaqueaba bajo el peso de la emoción.

—¡Oh! respondió Achard, tú no comprendes que eres el trasunto viviente de tu padre, y que por éste hubiera dado yo mi sangre y mi vida, como ahora lo haré por ti si me la pides, muchacho.

—Entonces, abrázame, mi viejo amigo, dijo Pablo echando los brazos al cuello del anciano, pues te aseguro que la cadena del afecto no se ha roto entre la tumba del padre y la cuna del hijo. Quienquiera que haya sido mi padre, si para parecerse basta una conciencia inmaculada, un

valor á toda prueba y una memoria que nunca olvida los beneficios, aunque sí algunas veces la injuria, soy, como tú has dicho, su trasunto viviente, y más en el alma que en el rostro.

—Sí, profirió el anciano hablando pausadamente y estrechando contra su pecho al hijo que de nuevo se le presentaba y mirándole con ojos de ternura al través de sus lágrimas; sí, tu padre poseía todas esas cualidades, su voz era arrogante como la tuya, como los tuyos brillaban sus ojos, y noble como el tuyo era su corazón. Pero ¿por qué no he vuelto á verte antes de ahora, muchacho? Con tu presencia habrías llenado de luz las horas sombrías que he pasado.

—¿Por qué? porque esta carta me ordenaba que no me presentase á ti hasta haber cumplido yo los veinticinco; y á fe que no hace mucho tiempo que los he cumplido: una hora.

El anciano inclinó, con ademán pensativo, la frente y permaneció silencioso por unos instantes, abismado en el recuerdo de lo pasado. Luego, levantando de nuevo la cabeza, dijo:

—¡Hace ya veinticinco años! ¡Dios mío! me parece que fué ayer que nació usted en esta casa, que abrió usted los ojos en aquella pieza!

Y el anciano tendió la mano hacia una puerta que daba á otro aposento.

Pablo pareció reflexionar á su vez; luego miró en torno de sí para avivar, con la vista de los objetos que le rodeaban, los recuerdos que se le agolpaban en la memoria, y, finalmente, dijo:

—¿En esta cabaña? ¿en aquella pieza? Y yo he habitado en ellas hasta la edad de cinco años, ¿no es verdad?

—Sí, respondió el anciano como temeroso de arrancar al joven á las sensaciones que empezaban á apoderarse de su alma.

—Pues bien, continuó Pablo llevándose las manos á los ojos para concentrar todos sus recuerdos, déjame que, por un instante, mire en torno mío en lo pasado, pues me acuerdo de un aposento al que creía haber visto en sueños. Sí, esto es... Escucha... ¡Oh! es singular cómo me acude todo á la memoria.

—Habla, hijo mío, habla, dijo el anciano.

—Sí, esto es, á la derecha... como quien entra... y en el testero... debe haber una cama... con colgaduras verdes.

—Sí.

—Y en la cabecera de esa cama, un crucifijo...

—También.

—Y frontero de la cama, un armario donde había libros... entre otros una Biblia muy voluminosa... con grabados alemanes...

—Hela aquí, profirió el anciano mostrando el libro sagrado abierto sobre un reclinitorio.

—¡Oh! ¡es la misma! ¡es la misma! exclamó Pablo apoyando los labios en las hojas del libro.

—¡Noble corazón! ¡noble corazón! murmuró el anciano. ¡Gracias, Dios mío, gracias!

—Luego, prosiguió Pablo levantándose, en ese aposento hay una ventana, desde la cual se divisaba el mar, y en el mar había tres islas...

—Sí, las de Huat, de Hoedic y de Belle-île en Mer...

—¡Con que es cierto! exclamó Pablo lanzán-

dose hacia el aposento; y al ver que el anciano quería seguirlo, le detuvo diciéndole: no, déjame ir solo, quiero entrar solo, necesito estar solo en él; quédate.

Y el joven entró en el aposento y cerró tras sí la puerta.

Una vez á solas, Pablo se detuvo, sobrecogido del santo respeto que rodea los recuerdos de la niñez. El aposento era, realmente, tal cual él lo describiera, pues la abnegada fidelidad del anciano servidor lo había conservado puro de toda modificación. El joven, en quien una mirada extraña habría coartado la manifestación de las sensaciones que lo dominaban, seguro de que estaba solo, se abandonó á éstas por completo: avanzó paulatinamente, y con las manos enclavijadas, hacia el crucifijo de marfil, y dejándose caer de rodillas, como tenía por costumbre hacerlo al acostarse y al levantarse en otro tiempo, procuró recordar una de esas sencillas oraciones en las que el niño, todavía en los umbrales de la vida, suplica á Dios por aquellos que de la vida le han abierto las puertas. ¡Cuántos acontecimientos se habían realizado entre aquellos dos arrodillamientos, distantes veinte años uno de otro! ¡Qué horizontes variados é imprevistos habían sucedido á los horizontes que acaricia con tan suave mirada el risueño sol de nuestros juveniles años! ¡De qué manera el caprichoso viento que hinchaba las velas de su buque, al alejarle de las pasiones del alma lo había lanzado en medio de las pasiones políticas! Y he aquí que creyendo, con la indolencia de la juventud, haber olvidado cuanto existía en la tierra, se acordaba de todo;

y he aquí que su vida, libre y potente como el Océano que la mecía, iba á unirse á lazos desconocidos hasta entonces, lazos que tal vez la retendrían en este ó en el otro paraje, cual anclada nave que llama al viento y á la que el viento llama, y que, no obstante, se siente encadenada, esclava, cautiva desde la vispera, á la que la libertad pasada hace todavía más amarga su esclavitud futura. Pablo quedó abismado por largo espacio de tiempo en sus pensamientos, y luego se levantó y fué á apoyarse de codos en la ventana. La noche estaba tranquila y hermosa; la luna brillaba en el firmamento y plateaba la cresta de las olas. En el horizonte aparecían las tres islas, azuladas cual vapores que flotasen sobre el mar. Pablo recordó cuántas veces, en su niñez, se había apoyado en el mismo sitio, contemplado la misma perspectiva y seguido con los ojos alguna barca de blanca vela, que se deslizaba silenciosa por las aguas, como las alas de un pájaro nocturno; é hinchándosele de recuerdos suaves y tiernos el corazón, dejó caer la cabeza sobre el pecho y lloró silenciosamente.

En esto, Pablo sintió como le cogían la mano; era el anciano, á quien él quiso ocultar su emoción; pero arrepintiéndose, al punto, de no atreverse á ser hombre, se volvió hacia Achard y le mostró francamente el rostro, inundado de lágrimas.

—Tú estás llorando, muchacho, le dijo el anciano.

—Sí, lloro, profirió Pablo, y ¿por qué lo negaría? Sí, mirame. Sin embargo, durante mi

existencia he presenciado escenas terribles: he visto al huracán hacer remolinar mi buque en la cresta de las olas y en la profundidad de los abismos, y he conocido que mi buque no pesaba para las alas de la tempestad más que una hoja seca para la brisa de la tarde; he visto á los hombres caer á mi alrededor como las espigas maduras al filo de la hoz del segador; he oído los gritos de angustia y de muerte de aquellos que veinticuatro horas antes habían comido conmigo, y para ir á recoger su último suspiro he pasado al través de una granizada de balas de cañón y de fusil, y andado sobre un piso en el que, á cada paso, resbalaba en la sangre. Y, sin embargo, mi alma no se ha conmovido, ni las lágrimas me han subido á los ojos. Pero este aposento, del que tan religiosamente he conservado el recuerdo; este aposento, en el que recibí las primeras caricias de un padre á quien no volveré á ver nunca jamás, y los besos de una madre que tal vez nunca más quiera volver á verme; este aposento, repito, es para mí sagrado como una cuna y una tumba. No puedo contemplarlo sin abandonarme á mis emociones: es menester que dé expansión á mis lágrimas, de lo contrario, me ahogaría.

Achard oprimió contra su pecho á Pablo, que dejó caer la cabeza sobre el hombro del anciano.

Por espacio de algunos instantes sólo se oyeron los sollozos del joven.

—Tienes razón, dijo por fin Achard: este aposento es, al par que una cuna, un sepulcro; allí, añadió tendiendo el brazo, es donde tú naciste;

y allí, continuó, indicando con el ademán el ángulo paralelo del aposento, donde recibiste el último adiós de tu padre.

—¿Así, pues, murió? preguntó Pablo.

—Sí.

—Ya me explicarás de qué manera.

—Todo te lo diré, todo.

—No en seguida, repuso Pablo buscando con la mano una silla y sentándose. Ahora no me hallo con fuerzas para escuchar. Deja que me reponga.

El joven apoyó el codo en el alféizar de la ventana, descansó la cabeza en la palma de la mano, y fijó nuevamente la mirada en el Océano.

—¡Qué hermosa es la noche en el mar, cuando, como ahora, lo ilumina la luna! prosiguió el joven con el acento suave y melancólico que le era habitual. Este espectáculo es sosegado y sereno como Dios, grande como la eternidad. No creo que el hombre que á menudo lo ha observado tema morir. ¿Verdad que mi padre murió con intrepidez?

—¡Oh, sí! respondió Achard con noble orgullo.

—No podía menos de ser así, continuó Pablo. Aunque la última vez que vi á mi padre no tenía yo más que cuatro años, lo recuerdo perfectamente.

—Era, como tú, un gallardo joven, dijo Achard mirando á Pablo con tristeza; y precisamente tenía la edad que tú ahora.

—¿Cómo le apellidaban?

—El conde de Morlaix.

—¡De modo que también yo soy noble y de

antigua familia! ¡También yo tengo escudo y divisa como todos esos jóvenes señores insolentes que me pedían mis pergaminos cuando les mostraba mis heridas!

—Aguarda, muchacho, aguarda; no des, de esta suerte, entrada en tu pecho al orgullo, pues todavía no te he dicho el nombre de la mujer á quien debes la existencia, é ignoras el terrible secreto de tu nacimiento.

—Enhorabuena; no por eso dejaré de escuchar con el mismo respeto y recogimiento el nombre de mi madre. ¿Cómo se llamaba ésta?

—La marquesa de Auray, respondió lentamente, y como á pesar suyo, Achard.

—¡Qué estás diciendo! exclamó Pablo levantándose de un salto y asiendo las manos al anciano.

—La verdad, respondió Achard con tristeza.

—Así, pues, Manuel es hermano mío, y Margarita mi hermana!

—¡Ah! ¿les conocías ya? dijo á su vez y lleno de admiración el anciano.

—¡Oh! tenías razón, profirió el joven marino desplomándose nuevamente en su silla. Los designios de Dios son inescrutables, y, en su sabiduría, cuanto hace está escrito muy anticipadamente.

Ambos interlocutores guardaron silencio por unos instantes.

Pablo levantó la cabeza, fijó en el anciano una mirada llena de resolución, y dijo:

—Ahora puedes hablar; estoy dispuesto á escucharlo todo.

## IX

Tras algunos segundos de recogimiento, el anciano dió principio á su relato en los términos siguientes:

—Estaban prometidos uno á otro, cuando no sé qué odio mortal dividió y separó de improviso á sus familias. El conde de Morlaix, con el corazón quebrantado, no pudo permanecer en Francia, y partió para Santo Domingo, donde su padre poseía una hacienda. Yo, en quien el marqués de Morlaix tenía la más omnimoda confianza, pues éramos hermanos de leche y nos habíamos educado juntos; yo, á quien el marqués apellidaba hermano, por más que nunca me olvidé de la valla que entre los dos la naturaleza levantara; yo, repito, acompañé al conde. El marqués de Morlaix descansó en mí el cuidado de velar por su hijo, al cual quería yo como si lo fuera mío. Dos años permanecimos bajo el cielo de los trópicos; durante ellos, el conde, perdido en las soledades de aquella isla magnífica, viajero sin plan y sin norte, cazador entusiasta é infatigable, intentó curar los dolores

del alma con la fatiga del cuerpo; pero, muy lejos de conseguirlo, no parecía sino que el corazón se le abrasaba todavía más á la influencia de aquel sol de fuego. Por fin, después de dos años de lucha, su amor lo arrebató: ó veía de nuevo á su amada, ó rendía la existencia. Cedí, y partimos. Nunca ha hecho nadie una travesía más hermosa y más feliz: mar y cielo nos sonreían de consuno: había para creer en los presagios venturosos. Seis semanas después de haber partido de Puerto Príncipe, desembarcamos en el Havre.

La señorita de Sablé estaba casada; el marqués de Auray se encontraba en Versalles, desempeñando al lado del rey los deberes inherentes á su cargo, y su esposa, enferma en demasía para seguirle, se había quedado en el vetusto castillo de Auray, del que desde aquí puedes ver las torrecillas.

—Sí, dijo Pablo, lo conozco; prosigue.

—En cuanto á mí, profirió el anciano anudando el hilo de su discurso, durante nuestro viaje, uno de mis tíos, antiguo servidor de la casa de Auray, había muerto, legándome esta casita y las tierras á ella anejas, tierras y casita de que tomé posesión. Respecto al conde de Morlaix, se había separado de mí en Vannes, diciéndome que partía para París. Un año hacía que yo habitaba en esta casita, sin que hubiese vuelto á ver al conde, cuando una noche, hace en la presente veinticinco años justos y cabales, llamaron á mi puerta. Acudí al llamamiento, y vi á tu padre, que llevaba en brazos una mujer con el rostro tapado. El conde entró en este

apuesto y depositó en la cama su dulce carga; luego, entrando en la otra pieza donde lo estaba yo aguardando mudo é inmóvil de admiración, descansó la mano en mi hombro, y mirándome como quien implora, por más que supiera que podía ordenar, me dijo: «Luis, tú puedes hacer más que salvarme la vida y la honra: puedes salvar la vida y la honra de la mujer á quien amo; sube á caballo, vuela á la ciudad, y dentro de una hora está de regreso con el médico.» El conde me habló con ese acento conciso y enérgico que indica que no hay momento que perder. Obedecí, pues. El día empezaba á clarear cuando el médico y yo llegamos aquí. El conde de Morlaix introdujo al facultativo en este apostento, cuya puerta se cerró tras ellos, y permanecieron en él durante todo el día. Á las cinco de la tarde partió el médico, y, llegada la noche, el conde salió á su vez llevándose de nuevo y en brazos, y también tapada de rostro, á la misteriosa mujer á quien trajera la noche anterior. Cuando me encontré solo, entré en este apostento y te encontré á ti, que acababas de venir al mundo.

—Y ¿cómo supiste que la mujer aquella era la marquesa de Auray? interrumpió Pablo, como si todavía quisiese aferrarse á la duda.

—¡Oh! respondió el anciano, de un modo tan terrible como imprevisto; yo había ofrecido al conde de Morlaix conservarte junto á mí, y, aceptado el ofrecimiento, el pobre venía de tiempo en tiempo para pasar una hora á tu lado.

—¿Solo? preguntó con ansiedad el joven.

—Siempre solo, respondió Achard; pero como

me habían permitido pasearme contigo por el parque, sucedía que, de vez en cuando, la marquesa aparecía en la esquina de alguna alameda, como si el acaso la hubiese conducido á ella, y haciéndome seña de que me acercase, te besaba como pudiera á un niño ajeno á quien place ver por lo hermoso. De esta suerte transcurrieron cuatro años, cuando una noche llamaron nuevamente á la puerta de esta casita: era también el conde de Morlaix, el cual estaba más sosegado, pero quizá más sombrío que la primera vez. «Luis, me dijo, mañana, al rayar el alba, me bato con el marqués de Auray; es un duelo á muerte que únicamente tendrá á ti por testigo; así lo hemos estipulado. Dame, pues, hospitalidad por esta noche y recado de escribir.» El conde se sentó á esta mesa, en esta misma silla en que estás tu sentado ahora; luego se levantó, permaneció apoyado en la silla sin sentarse más en ella, y pasó el resto de la noche en vela. Al amanecer entró en mi cuarto, y como yo no me había acostado, me encontró en pie. En cuanto á ti, pobre niño todavía ajeno á las pasiones y á las miserias humanas, estabas durmiendo en tu cuna.

—¿Qué más? ¿qué más?

—El conde se inclinó lentamente hasta ti, y apoyándose en la pared y mirándote con tristeza, me dijo con voz profunda: «Luis, como si perezco en el duelo pudiera sobrevenir una desgracia á este niño, entrégalo, junto con esta carta, á Fild, mi ayuda de cámara, el cual tiene el encargo de conducirlo á Selkirk, Escocia, y dejarlo allí en manos seguras. Cuando el niño

haya cumplido veinticinco años, te traerá la otra mitad de esta moneda de oro y te pedirá el secreto de su nacimiento, y se lo dirás, pues tal vez entonces su madre estará sola y aislada. Respecto á estos papeles, que consignan quién es aquélla, no se los entregarás hasta que haya muerto el marqués de Auray. Ya estás enterado de todo, añadió: ahora partamos; ya es hora.» Entonces el conde de Morlaix se apoyó en tu cuna, se inclinó hasta ti, y aunque era todo un hombre, vi desprenderse de sus ojos una lágrima, que cayó sobre tus mejillas.

—Prosigue, prosigue, dijo Pablo con voz ahogada.

—El lugar de la cita era una alameda del parque, á cien pasos de aquí; al llegar á él, encontramos al marqués, que hacía algunos minutos nos estaba aguardando cerca de un banco, en el que había dos pistolas cargadas. Los adversarios se saludaron sin cruzar palabra. El marqués señaló con el dedo las armas, cada cual tomó la suya, y ambos, pues las condiciones del duelo habían sido previamente estipuladas, como me lo dijera el conde, fueron á colocarse, silenciosos y sombríos, á treinta pasos uno de otro, y empezaron á avanzar hacia su mutuo encuentro. ¡Oh! prosiguió el anciano, tan conmovido como si presenciase la escena que estaba narrando, te juro que el momento en que vi disminuir gradualmente la distancia entre los duelistas, fué terrible para mí. Cuando al marqués y al conde no les separaron más que diez pasos, el primero se detuvo é hizo fuego... Yo miré al conde, y al ver que no se le había contraído un solo músculo



del rostro, le tuve por sano y salvo... Tu padre continuó avanzando hacia el marqués, y apoyándole sobre el corazón el cañón de la pistola...

—¡Supongo que no le mató! exclamó Pablo, asiendo el brazo al anciano.

—No; le dijo: «La vida de usted está en mis manos, y me sería fácil quitársela; pero quiero que viva para que me perdone como yo le perdono.» Dichas estas palabras, el conde dió consigo en tierra; estaba muerto: la bala del marqués le había atravesado el pecho.

—¡Oh, padre mío! ¡padre mío! exclamó el joven marino retorciendo los brazos. Y el hombre que mató á mi padre vive aún, ¿no es verdad? ¡y es todavía joven, y todavía tiene fuerzas para levantar una espada ó una pistola! Iremos á encontrarle hoy, al instante, y le dirás, al presentarme á él: «Este es el hijo del conde de Morlaix, y es menester que con él se bata usted.» ¡Oh! ¡ese hombre... ese hombre!... ¡Ay de su vida!

—Dios se ha encargado de la venganza, profirió Achard; ese hombre está loco.

—Es verdad, murmuró Pablo; lo había olvidado.

—Y en su locura, continuó Achard, ve eternamente aquella escena sangrienta, y repite una y otra vez, durante el día, las palabras que en su última hora le dirigió el conde.

—¡Ah! ahora comprendo por qué la marquesa no se separa de él ni por espacio de un minuto.

—Y por qué, so pretexto de que el marqués no quiere ver á sus hijos, aleja de él á Manuel y á Margarita.

—¡Pobre hermana mía! profirió Pablo con

acento de ternura infinita. Y ahora quiere sacrificarla casándola contra su voluntad con ese miserable Lectoure.

—Sí, pero ese miserable Lectoure, repuso Achard, se lleva consigo á Margarita á París, y, en cambio, da un regimiento de dragones á su hermano; de esta suerte, la marquesa deja de temer la presencia de sus hijos, y de entonces más su secreto queda entre ella y dos ancianos que, mañana, esta noche, pueden morir, y la tumba es muda.

—¡Pero, yo! ¡yo!

—¡Tú! ¿Sabes por ventura si existes? ¿has comunicado noticia alguna respecto de tu vida durante los quince años que hace huiste de Selkirk? ¿No podías también haber encontrado en tu camino algo que te hubiese vedado acudir al lugar de la cita, adonde, por fortuna, has venido? No, la marquesa no te ha olvidado... pero espera...

—¡Oh! ¿tú crees que mi madre...?

—¡Perdón! es verdad, respondió el anciano; nada creo; confieso mi culpa; olvida mis palabras.

—Bien, bien; hablemos de ti, amigo mío; hablemos de mi padre.

—¿Necesito decir que cumplí sus últimos deseos? Fild vino á buscarte durante el día, y se te llevó. Desde entonces han transcurrido veinte años, y, desde entonces, no ha pasado día sin que yo hiciese votos por verte en el de hoy. Y mis votos se han cumplido, prosiguió el anciano. Á Dios gracias, estás aquí; el conde de Morlaix revive en ti; sí, vuelvo á verte, te estoy hablando... ya no lloro, estoy consolado.

—Pero ¿mi padre había muerto?... ¿muerto sin aliento, sin vida, sin esperanza, instantáneamente?

—Sí, respondió Achard. Le traje aquí, y después de colocarlo en la cama donde tú naciste, cerré la puerta para que nadie entrase y me fui á cavar su tumba, en cuyo penoso deber pasé todo el día; según la voluntad del conde, nadie debía entrar en tan terrible confidencia. Por la tarde volví en busca del cadáver, y para que veas cuán incomprensible es el corazón del hombre y cuán difícil es que le abandone la esperanza que Dios le infunde, sólo te diré que á pesar de haber visto caer á tu padre, sentido enfriarse las manos, besado su helado rostro y dejándole para ir á cavar su sepultura, una vez hube abierto la hoya, cumplido con tan fúnebre deber, me vine con el corazón conmovido; parecíame que, durante mi ausencia, por más que para ello hubiese sido menester un milagro de Dios; parecíame, repito, que aquél había recobrado la vida, que iba á levantarse en su lecho mortuorio y á dirigirme la palabra. Entré, pero ¡ay! los tiempos evangélicos habían pasado... Lázaro permaneció tendido en su lecho... ¡muerto! ¡muerto! ¡muerto!

Achard quedó abatido por unos instantes, sin poder articular una palabra, sin voz; sólo daban indicio de su existencia las lágrimas que se deslizaban silenciosas por su arrugado semblante.

—Sí, profirió Pablo reventando en sollozos, y tú cumpliste tu santa tarea. ¡Oh, corazón noble! deja que bese esas manos que llevaron el cuerpo de mi padre á la mansión eterna. Has

permanecido fiel á la tumba de aquél como lo fuiste á su existencia. ¡Pobre guardián del sepulcro! te has quedado junto á él para que algunas lágrimas regasen la hierba que crecía sobre la ignorada fosa. ¡Oh! ¡cuán pequeños son, comparados contigo, anciano de abnegación muda, los que se tienen por grandes porque su nombre resuena en medio de la tormenta y de la guerra con más fuerza que el huracán y la batalla. ¡Oh! ¡dame tu bendición! exclamó Pablo cayendo de rodillas, ya que mi padre no está en el mundo para poder bendecirme.

—Abrázame, abrázame, hijo mío, profirió el anciano; pero te juro que exageras una acción tan sencilla y tan natural como la mía. Además, créeme, lo que tú apellidas mi piedad no ha dejado de proporcionarme alguna enseñanza; he visto cuán poco era el hombre en la tierra, y cuán rápida venía su perdición cuando Dios desviaba de él la mirada. Tu padre era joven y valiente, y ante él se abría un brillante porvenir; último vástago de una familia de ilustre abolengo y ostentando un noble apellido, con anticipación pudiera haberse afirmado que su camino hacia los honores mundanos estaba abierto; mas ¡ay! tu padre desapareció de improviso, como si bajo sus plantas se hubiese hundido la tierra. Yo no sé si hubo ojos arrasados de lágrimas que buscaron su huella; pero sí sé que durante los veintiún años transcurridos desde su muerte, no ha venido ser humano alguno á orar sobre su tumba, porque no hay quien sepa que el pobre duerme el sueño eterno en el paraje donde la hierba es más verde y espesa. Y, sin embargo,

el hombre, en su orgullo y en su insensatez, se tiene por algo.

—¡Oh! ¿mi madre no ha venido nunca á arrojarse sobre la tumba de mi padre?

Achard no respondió á la pregunta del joven.

—Pues bien, prosiguió Pablo, ahora seremos dos los que conoceremos el paraje donde descansan los restos de mi padre. Ven y me lo mostrarás, y por quien soy te juro que á él vendré á orar cada vez que mi buque llegue á las costas de Francia.

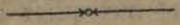
El joven marino asió de Achard y lo condujo al primer aposento; pero en el instante en que abrían la puerta, oyeron un ligero ruido procedente del parque, y vieron venir á Margarita en compañía de un criado del castillo.

—Es mi hermana, dijo Pablo metiéndose otra vez, y precipitadamente, en la casita; es mi hermana, Achard: Déjame por un instante á solas con ella; necesito hablarla. Tengo que decirle unas palabras que le darán una noche dichosa. Compadezcámonos de los que velan y lloran.

—Considera que el secreto que acabo de revelarte también es el de su madre la marquesa de Auray.

—Nada temas, mi buen amigo, contestó Pablo empujando á Achard hacia el segundo aposento. Nada temas, sólo le hablaré del suyo.

En esto entró Margarita.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

X

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La cual, según costumbre, traía algunas provisiones al anciano.

Grande fué la sorpresa de la joven al ver en el primer aposento de la casita, en el que durante diez años únicamente había encontrado á Achard, á un gallardo doncel que la miraba con ojos de ternura y se sonreía bondadosamente.

Margarita hizo una seña á su criado para que dejase la cesta en un rincón del aposento, y luego, una vez su acompañante hubo cumplido la orden y salido para aguardar á su ama fuera de la casita, se acercó á Pablo, y le dijo:

—Usted dispense, caballero; pero creía encontrar aquí á mi anciano amigo Luis Achard... y venía á traerle, de parte de mi madre...

Pablo, conociendo que, de hablar, su voz delataría la emoción que le señoreaba, por toda respuesta se limitó á tender el brazo en dirección del segundo aposento, para indicar que en él se encontraba el anciano.

Margarita dió las gracias con una casi imperceptible inclinación de cabeza, y entró.

Pablo la siguió con la mirada, y con la mano puesta sobre el corazón; y es que su alma virgen, en la que nunca penetrara el amor, en su santa virginidad se abría á las primeras emociones de familia. En el aislamiento de su vida, sin más amigos que los toscos hijos del Océano, había convertido hacia Dios los tesoros de bondad y de ternura de que era arca su corazón, y bien que á las miradas de un cristiano rigorista su religión tal vez no hubiera parecido perfectamente ortodoxa, no por esto era menos cierto que la poesía que rebotaban sus palabras equivalía á una inmensa y eterna deprecación. No era, pues, de admirar que las primeras sensaciones que penetraban en su alma, si bien fraternales, fuesen desordenadas é inquietas como las emociones del amor.

—¡Oh! dijo entre sí el joven cuando Margarita hubo desaparecido, ¿cómo lo haré, infeliz de mí, aislado como me encuentro en el mundo, para no estrecharte entre mis brazos cuando salgas, para no decirte: «Margarita, hermana mía, no existe mujer en la tierra que haya sentido por mí amor alguno; ámame fraternalmente»? ¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía! Al privarme de tus caricias me has privado también de las de ese ángel. Dios te conceda en la eternidad la dicha que has alejado de ti... y de los otros.

—Adiós, dijo Margarita al anciano y abriendo nuevamente la puerta; adiós; he querido venir esta noche misma, pues no sé cuándo podré verle á usted nuevamente.

La joven se encaminó hacia la puerta, imagi-

nativa y con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin ver á Pablo ni recordar que, al entrar ella en la casita, había allí un joven.

Pablo, con el corazón oprimido y los ojos arrasados de lágrimas, seguía á Margarita con la mirada y con los brazos tendidos hacia ella como para detenerla, hasta que por fin, y cuando vió que aquélla iba á poner la mano en la llave de la puerta, exclamó:

—¡Margarita!

La joven volvió con extrañeza el rostro; pero no comprendiendo la causa de tan singular familiaridad por parte de un hombre que le era del todo desconocido, entreabrió la puerta para marcharse.

—¡Margarita! repitió Pablo, avanzando un paso hacia su hermana; ¡Margarita! ¿no oye usted que la estoy llamando?

—En verdad me llamo Margarita, caballero, respondió con dignidad la joven; pero no acerté que pudiese llamarme así, sin más aditamento, una persona á quien no tengo la honra de conocer.

—Pero yo la conozco á usted, profirió Pablo acercándose á la joven, cerrando la puerta y conduciendo á aquélla al centro de la pieza. Me consta que es usted desgraciada, que no tiene usted persona amiga á quien hacer depositaria de sus pesares, ni un brazo en que apoyarse.

—Usted se olvida del que está en las alturas, de Dios, repuso Margarita levantando al mismo tiempo la cabeza y la mano hacia el cielo.

—No, Margarita, no lo olvido, pues Él es quien me envía para ofrecerle á usted lo que á

usted le hace falta; para decirle, cuando todas las bocas y todos los corazones se cierran alrededor de usted: soy su amigo, amigo abnegado y eterno.

—¡Oh! caballero, profirió Margarita, las palabras que acaba usted de proferir son muy solemnes y sagradas, pero, desgraciadamente, es difícil que yo crea en ellas sin pruebas que las justifiquen.

—¿Y si le diese á usted una? repuso Pablo.

—¡Es imposible! repuso Margarita.

—¡Irrecusable! añadió el marino.

—¡Oh! entonces... dijo Margarita con acento indescriptible y en el cual la duda empezaba á ceder el paso á la esperanza.

—Entonces ¿qué? preguntó Pablo.

—Entonces... pero, no, no.

—¿Conoce usted esa sortija? preguntó el joven mostrando á su hermana la que encerraba la llave que abría el brazalet.

—¡Dios clementísimo! exclamó Margarita, ¡apiadaos de mí! ¡está muerto!

—No, repuso Pablo, vive.

—Luego ¿ya no me ama?

—Como siempre.

—Si vive y me ama... ¡oh! hay para enloquecer... Pero ¿qué estoy diciendo? Si vive y me ama, ¿cómo está en poder de usted esta sortija?

—Me la ha confiado como una prenda de reconocimiento.

—¿Acaso he confiado yo á persona alguna este brazalet? dijo Margarita levantando la manga de su vestido. ¡Mire usted! ¡mire!

—Bien, sí, pero usted no está proscrita, des-

honrada á los ojos de la sociedad, lanzada en medio de gente perdida.

—¡Qué importa! ¿no es inocente? ¿no es amado?

—Luego ha creído, prosiguió Pablo queriendo ver hasta dónde llegaban la devoción y el amor de su hermana; ha creído, digo, que encontrándose, como se encuentra, separado para siempre de la sociedad, su delicadeza le exigía ofrecerle á usted, si no devolvérsela, la libertad de disponer de su mano.

—Cuando una mujer ha hecho por un hombre lo que yo he hecho por él, replicó Margarita con firmeza, no tiene otra excusa que amarle, y es lo que yo haré mientras me quede aliento.

—¡Oh! es usted un ángel, profirió el marino.

—Dígame usted, repuso Margarita asiendo las manos de Pablo y mirándole con ojos de súplica.

—¿Qué?

—Así, pues, ¿usted le ha visto?

—Soy su amigo, su hermano.

—¡Oh, entonces hábleme usted de él! exclamó Margarita abandonándose por entero á su amor y olvidándose que vela por primera vez al hombre á quien dirigía tales preguntas. ¿Qué hace, qué espera el desventurado?

—La ama á usted y espera verla nuevamente.

—Luego él le ha dicho á usted..., murmuró la joven apartándose de Pablo.

—Todo.

—¡Oh! murmuró Margarita bajando la frente, por la que pasó un súbito rubor que reemplazó, como el vivo reflejo de una llama, la palidez que habitualmente estaba impresa en ella.

—Es usted una santa, dijo Pablo acercándose á la joven y oprimiéndola contra su pecho.

—¡Ah! ¿con que no me desprecia usted, caballero? murmuró Margarita animándose á levantar los ojos.

—Margarita, dijo Pablo, á tener yo una hermana, suplicaría á Dios que le concediese el parecerse á usted, se lo juro.

—¡Oh! tendría usted una hermana muy desgraciada, profirió la joven apoyándose en el brazo del marino y echándose á llorar amargamente.

—Puede que no, repuso Pablo sonriéndose.

—Luego ¿usted no sabe...?

—Diga usted.

—¿Que el señor de Lectoure debe llegar mañana por la mañana?

—Lo sé.

—¿Y que mañana se firma el contrato de boda?

—También lo sé.

—¿Qué quiere usted, pues, que espere yo en semejante apuro? ¿Á quién quiere usted que recurra? ¿El auxilio de quién quiere usted que implore? ¿El de mi hermano? Dios sabe que se lo perdono á mi hermano, pero éste no puede comprenderme. ¿El de mi madre?... ¡Ay! caballero, usted no la conoce. Es mujer de reputación sin tacha, de una virtud severa, de voluntad inflexible; no habiendo nunca caído en falta, no admite que pueda faltarse. Cuando ella dice «quiero», no cabe sino bajar la cabeza, llorar y obedecer. ¿Mi padre?... Sí, lo sé, para firmar el contrato será menester que salga del aposento en que está encerrado hace veinte

años. ¡Mi padre! Para toda otra mujer menos desgraciada y menos afligida que yo, sería un auxilio; pero usted ignora que el infeliz ha perdido el juicio, y, con él, toda noción de amor paternal. Además, hace diez años que no le he visto, diez años que no he estrechado su temblorosa mano ni besado sus canas. El desdichado ni aun sabe ya si tiene una hija, ni si en el pecho le late un corazón; ni siquiera me conocerá; y aun cuando me conociese y se compadeciera de mí, mi madre le pondría una pluma en la mano y le diría: «Firma, lo exijo», y él, pobre y endeble anciano, firmaría, y su hija quedaría condenada.

—Sí, sí, todo cuanto me está usted refiriendo lo sé tan bien como usted misma, hija mía, dijo Pablo; pero, tranquilícese usted, no se firmará ese contrato.

—¿Quién lo impedirá?

—¡Yo!

—¿Usted?

—Nada tema, mañana asistiré al consejo de familia.

—Y ¿quién le introducirá á usted en él?

—Tengo un arbitrio para lograrlo.

—Mi hermano es violento, arrebatado. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! Vea, caballero, que no me pierda todavía más al querer salvarme.

—Manuel me es tan sagrado como usted misma, Margarita. Nada tema usted, deposite en mí toda su confianza.

—¡Oh! le creo á usted, caballero, y en usted sí, dijo Margarita como rendida por su larga incredulidad; porque ¿qué le aprovecharía á us-

ted el engañarme? ¿qué interés tendría usted en hacerme una felonía?

—Ninguno, y en esto está usted acertada; pero, tratemos de otro asunto. ¿Qué determina usted hacer respecto del barón de Lectoure?

—Decírselo todo.

—¡Oh! profirió Pablo inclinándose, deje usted que la adore.

—¡Caballero! murmuró Margarita.

—¡Como á una hermana! ¡como á una hermana!

—¡Cuán bondadoso es usted! dijo Margarita; creo que Dios me le envía.

—Créalo usted, repuso Pablo.

—Pues hasta mañana por la noche.

—Nada la admire ni la turbe, dijo el marino á Margarita. Lo único que de usted solicito es que, por medio de una carta, de una palabra, de un signo, me dé á conocer el resultado de su conferencia con Lectoure.

—Veré de hacerlo.

—Ea, ya es tarde, y el criado podría admirarse de la duración de nuestra plática; vuelva usted al castillo, y no hable de mí á nadie, absolutamente á nadie.

—Adiós, dijo Margarita, adiós á usted, á quien no sé cómo apellidarle.

—Deme usted el nombre de hermano.

—Adiós, hermano mío.

—¡Oh, hermana, hermana mía! exclamó Pablo abrazando convulsivamente á Margarita, tú eres la primera que has halagado mi oído con tan dulce palabra. Dios te lo recompensará con creces.

La joven retrocedió llena de admiración; pero acercándose nuevamente á Pablo, le tendió la mano, y éste se la estrechó por la vez postrera.

Cuando el joven marino se encontró nuevamente á solas, se dirigió á la puerta de comunicación, y abriéndola de par en par, dijo:

—Ahora, amigo mío, condúceme á la tumba de mi padre.